

MARVIN GALEAS

EL OLIGARCA
REBELDE

MITOS Y VERDADES SOBRE LAS 14 FAMILIAS:
LA OLIGARQUÍA

MARVIN GALEAS

EL OLIGARCA
REBELDE

MITOS Y VERDADES SOBRE LAS 14 FAMILIAS:
LA OLIGARQUÍA

Editorial Cinco

EL OLIGARCA REBELDE

Autor: Marvin Galeas

Copyright © 2015 por Marvin Galeas
Todos los Derechos Reservados.

EQUIPO EDITORIAL

Edición General: Sandra Mirza Echeverría

Diseño y Diagramación: Eunice
Hernández

Diseño de portada: Celina Elías

*Todos los derechos reservados. Ninguna
sección de este material puede ser
reproducida en ninguna forma ni por
ningún medio sin la autorización expresa
de su autor. Esto incluye pero no se limita
a reimpresiones, extractos, fotocopias,
grabación, o cualquier otro medio de
reproducción.*

Publicado en El Salvador, por Editorial
Cinco

ISBN 978-99923-921-7-1

Primera Edición, Septiembre 2015.

ÍNDICE

Presentación.....	6
El secuestro.....	8
Desde Manchester a El Salvador.....	15
Hacia la cárcel del pueblo.....	28
El grano de oro.....	37
Daño colateral.....	50
La oligarquía y el mito de los 14.....	57
Prisionero de guerra del ejército revolucionario del pueblo.....	78
La niñez, el colegio, un año sangriento.....	98
El asesinato de un poeta y sin noticias de Jaime Hill.....	120
La secundaria.....	141
La propuesta y el cusuco adobado.....	152
Los años en la universidad y unas locas vacaciones.....	171
La visita de la comandante guerrillera más famosa.....	187
La oligarquía y los militares.....	200
Monseñor Romero y una carta desesperada.....	214
Mi primer matrimonio.....	222
Navidad y fin de año en la cárcel del pueblo.....	242
Con el corazón roto.....	249
Plazo fatal.....	259
El asesinato de un arzobispo y el fin de los gobiernos militares.....	274

Intento de suicidio en la cárcel del pueblo.....	301
El ángel, las drogas y una leyenda siniestra.....	306
La oligarquía cafetalera herida de muerte. La liberación de Jaime Batlle.....	327
La devastadora muerte de mi ángel.....	343
Los últimos días en la cárcel del pueblo.....	368
El mejor tributo a Cynthia.....	372
Prueba de vida.....	394
El fin de la guerra y las relaciones peligrosas.....	407
Publicaciones revolucionarias en varios periódicos del mundo.....	435
“La sociedad” reacciona a la cena.....	438
Libre.....	476
Epílogo.....	483

PRESENTACIÓN

Palabras del autor

Lo que usted va a leer es una novela basada en hechos reales. Tiene personajes verdaderos y también ficticios. Algunos episodios tienen mucho de la imaginación del autor y otros son tal como me los contó Jaime Alberto Hill Argüello, el protagonista.

No es ésta, pues, una biografía. Es más bien, un relato a veces doloroso, a veces esperanzador pero siempre muy humano sobre las circunstancias vitales de un hombre, el impacto de una estirpe, el antiguo esplendor de una élite y la veleidosa historia de una nación. Es una novela histórica construida a dos voces.

Conocí a los que dieron la orden de secuestrar a Jaime Hill y a cada uno de los integrantes del comando que lo mantuvo

en una “Cárcel del Pueblo”. Tres de ellos, antiguos compañeros de lucha murieron después de firmados los Acuerdos de Paz. Cuando le conté a Jaime Hill sobre estas muertes, se estremeció como quien recibe la noticia de la muerte de un amigo. Y fue así porque Jaime Hill es un hombre que supo perdonar.

El hombre que todo lo tuvo, que fue secuestrado, que reaccionó con odio y se hundió en el infierno de las drogas hasta llegar a las fronteras de la muerte, que todo lo perdió: amores y dinero, también supo levantarse, lavarse las heridas del alma, perdonar a sus captores y ganar la riqueza más grande: la paz interior.

Marvin Galeas

EL SECUESTRO

La tarde del miércoles 31 de octubre de 1979 estaba especialmente radiante. No había una sola nube en aquel cielo azul intenso. No hacía calor. Por el contrario, una brisa fresca se deslizaba desde el volcán e inundaba las calles y avenidas de San Salvador, la capital del más pequeño de los países de América Latina. Nada presagiaba tragedia.

Algunos almacenes ya habían empezado a colocar en sus vitrinas arbolitos navideños así como las tradicionales recreaciones del nacimiento de Jesús con muñequitos hechos de barro. En las esquinas comenzaban a aparecer las típicas ventas callejeras de la época. Las más buscadas eran las que ofrecían uvas y manzanas. A pesar de la creciente violencia política, agudizada tras el golpe de Estado ocurrido solo dos semanas antes, ya se respira-

ba el tradicional ambiente de optimismo de fin de año.

Jaime Hill Argüello, 42 años, mediana estatura, ojos claros, cabello castaño, piel blanca y aspecto jovial, se arrellanó en su sillón de cuero negro, tras su escritorio, aspiró profundamente y con una sonrisa el agradable aire de aquel octubre que se colaba por las ventanas abiertas, como a él le gustaba cuando el clima era fresco.

Comenzó a teclear en su vieja máquina de escribir una carta a Alexandra, su hija mayor, quien hacía poco se había marchado a finalizar la educación media en Foxcroft School de Virginia, Estados Unidos. Ella tenía planeado estudiar después Ciencias Políticas en la Universidad de Boston. Sería una estadía larga en el extranjero. El reloj de péndulo hecho de finas maderas y agujas enchapadas en oro, que llamaba la atención de las visitas desde una esquina de la oficina de la presidencia de la Compañía Financiera Comercial, en el edificio número 1003 de la calle Rubén

Darío, marcaba las 4 de la tarde con 17 minutos.

Mientras Jaime Hill Argüello escribía, afuera en la calle dos vehículos un picop y un jeep se estacionaron de manera repentina y brusca frente al inmueble. De inmediato, unos hombres vestidos con uniformes de policías y soldados armados con fusiles de guerra G-3, salieron del jeep y se desplegaron por las calles y esquinas aledañas, deteniendo por completo el tráfico. Del picop se bajaron los sujetos vestidos de verde olivo, como soldados. Ellos, en lugar de los G-3, portaban subametralladoras Uzis y llevaban los rostros cubiertos con pasamontañas. Se dirigieron con agilidad felina hacia el edificio de la Compañía Financiera Comercial.

De manera sorpresiva dispararon sus armas contra los dos vigilantes que se encontraban a la entrada. Uno de los vigilantes cayó herido de muerte y el otro logró, apenas, refugiarse dentro. En pocos segundos los asaltantes penetraron

a la primera planta y conminaron a todo el personal, a fuerza de gritos y balazos al techo, a tirarse al suelo boca abajo.

En la segunda planta, al escuchar los tiros, Jaime Hill dejó de escribir y por unos instantes pensó que algún ladrón perseguido por la policía había entrado a sus oficinas. Sin embargo, cuando se percató de que los gritos se oían cada vez más cerca escaleras arriba, lo invadió la certeza de que aquello era un secuestro.

Eran tiempos violentos. Las privaciones de libertad de hombres de negocios ocurrían con frecuencia. Justo por esas fechas permanecían secuestrados, por las fuerzas guerrilleras que combatían al gobierno, el embajador de Sudáfrica en El Salvador, Archibald Gardner Dunn, y el empresario industrial Jaime Batlle.

Jaime Hill apenas tuvo tiempo de sacar su pistola calibre .45 mm y corrió, por puro instinto, a ocultarse en el baño. Una voz gritó del otro lado de la puerta:

—Salí de allí, Jaime. No te pasará nada porque te necesitamos vivo.

A su mente vinieron de pronto las imágenes de Ernesto Regalado Dueñas, de Mauricio Borgonovo y de Roberto Poma, sus amigos que habían sido secuestrados y asesinados por las guerrillas. Pasaron unos instantes. Jaime no se movió.

—Bueno... Si no salís, allí vamos nosotros.

Rompió el tenso silencio la voz de uno de los asaltantes.

Una lluvia de balas hizo añicos la puerta de metal del despacho. Tres de los secuestradores penetraron en forma rápida y con gestos violentos.

—Esto es un secuestro. Ya sabemos que estás en el baño. Si estás armado tirá el arma y entregate de una vez.
—Lo que pasa es que le quité el seguro a la pistola y si la tiro se

puede disparar —alcanzó a decir con voz afligida.

—Tírala —dijo con voz ronca y autoritaria el que parecía ser el líder del grupo.

Pálido como un fantasma, Jaime Hill salió del baño y con mucho cuidado puso su arma en el piso. Dos de los secuestradores se abalanzaron sobre él y lo sujetaron por los brazos con fuerza. Se lo llevaron. Al pasar por la primera planta Jaime Hill vio a Cristina, su secretaria de toda la vida, tendida en el suelo temblando de terror. “Dígale a mi familia que no voy herido...” le alcanzó a decir.

Lo tiraron como a un bulto en la parte de atrás del picop. El motor del vehículo ya estaba en marcha. Quedó tendido boca abajo. De inmediato le colocaron las manos en la espalda y le pusieron unas esposas de policía. Le metieron una capucha de trapo en la cabeza y una voz lo conminó a permanecer quieto. El picop, que tenía cubierta la parte de atrás con un

toldo color verde olivo, se dirigió a toda velocidad hacia el occidente. Lo seguía el Jeep donde viajaban los supuestos policías. La operación de secuestro había durado unos pocos minutos.

Cuando a eso de las 5 y 15 de la tarde llegaron los investigadores policiales, encontraron a un grupo de empleados presa de una crisis nerviosa, un cadáver con los ojos abiertos mirando al cielo en medio de un charco de sangre espesa que se había expandido sobre el piso lo que daba al lugar un aspecto macabro.

El sillón de Jaime Hill tenía dos agujeros de bala que olían a cuero quemado. Sobre el escritorio permanecía la vieja máquina de escribir con un papel en el cilindro y una sola frase: “Querida hija mía...”